

Fundamentación de la ciencia y de la política en Carnap y en Chomsky

Luis Miguel Peris-Viñé
Universidad de Granada, España

Abstract Las conexiones entre nuestros conocimientos y nuestras prácticas vienen siendo tratadas con gran dedicación a lo largo de toda la historia de la filosofía. Esas conexiones son de especial trascendencia en el campo de la actividad social y política. Abordaré algunos aspectos de esas conexiones vinculados al papel de los valores, y a partir de las propuestas de Noam Chomsky y de Rudolf Carnap. En relación a Chomsky presento un análisis crítico del *problema de Platón* y del *problema de Orwell* y una propuesta sobre el papel de los datos en la construcción del conocimiento en la ciencia y en la política. En relación a Carnap bosquejo una reconstrucción de los vínculos entre conocimiento y práctica mediante una teoría jerárquica de los valores. Todas las propuestas consideradas muestran las dificultades, pero también las posibilidades, de realización del ideal ilustrado de la mejora de la vida mediante el conocimiento.

Keywords: Carnap, Chomsky, problema de Platón, problema de Orwell, valores, conocimiento, teoría jerárquica de los valores

1. Conocimiento, política y valores

Las conexiones entre nuestros conocimientos y nuestros valores son de especial trascendencia en múltiples ámbitos, en especial en los políticos. El análisis de tales conexiones puede ayudar a comprender los desajustes que se dan entre conocimiento y acción y a diseñar estrategias benéficas. El conocimiento ofrece comprensión del mundo pero también guía y permite la acción en la sociedad. La sociedad, y su organización política, como campo de realización de nuestros valores, deberían recibir los beneficios de la fuerza del conocimiento. Las conexiones entre conocimiento y valores vienen siendo tratadas con gran dedicación a lo largo de toda la historia de la filosofía. Los filósofos de la ciencia también se han ocupado de la cuestión, y en las últimas décadas de un modo intenso. En cualquier caso es un terreno en el que queda mucho por explorar, por su complejidad y porque en él los malentendidos y las simplificaciones abundan. Mis aportaciones al respecto partirán de las propuestas de dos autores en los que la excelencia en la producción de conocimiento coincide con una reflexión profunda sobre las relaciones entre conocimiento y práctica: Rudolf Carnap y Noam Chomsky. Analizaré algunos componentes de tales propuestas y haré algunas críticas constructivas sobre la vinculación entre conocimiento y acción, y conocimiento y valores.

2. Chomsky: una concepción epistémica y naturalizada

La concepción chomskyana de la vinculación entre ciencia y política no supone una visión general de la interrelación entre conocimiento y acción, que permita vertebrar en un

mismo proyecto los diversos estratos implicados, y por tanto no proporciona un plan de intervención general para incidir en la relación entre conocimiento y valores. Es una concepción sobre los recursos *epistémicos* y *metodológicos* necesarios para abordar situaciones características del conocimiento y de la política que trata de fundarse sobre la *naturaleza humana*, la cual, según Chomsky, soportaría en unos mismos principios nuestros modos lingüísticos de ser y nuestros modos sociales de ser.

Es sabido que los centros de interés que absorben la actividad de Chomsky son el *lenguaje* y la *política*. Para abordarlos, Chomsky diseña dos puertas bajo la forma de problemas, a los que llama respectivamente *problema de Platón*, *PP* y *problema de Orwell*, *PO*. Ambos problemas se plantean en la esfera del conocimiento, y, en mi opinión, asumiendo un patrón por el cual lo que sabemos es el resultado de dos factores: cómo somos *nosotros* y qué hay en el *medio* con el que interactuamos. Sugiero expresar este planteamiento diciendo que el conocimiento en un organismo surge de la confluencia entre su interior y su exterior, o, en un formato algo diferente, de la confluencia entre su naturaleza y su experiencia. Chomsky parece asumir la ecuación *conocimiento = naturaleza + experiencia*, y está convencido de que nuestro conocimiento del lenguaje es elevado y complejo pese a que la experiencia empleada es escasa, mientras que nuestro conocimiento de las relaciones políticas es escaso pese a que la experiencia disponible es abundante. Es decir habría algo básico y común tanto en el *PP* como en el *PO*, a saber, la *disparidad entre conocimiento y experiencia* en cada uno de sus respectivos ámbitos.

Comenzaremos profundizando algo más en estas ideas básicas sobre la disparidad presente en cada uno los problemas, deteniéndonos en su formulación, en el origen de la disparidad y en las estrategias para abordar cada uno de los problemas.

2.1 El Problema de Platón y el Problema de Orwell

La *formulación* del *PP* y del *PO* los presenta describiendo situaciones opuestas, en las que se da una disparidad de orden inverso entre dos polos, el polo de la experiencia y el polo del conocimiento. El *PP* consiste en notar que el conocimiento que alcanzamos sobre nuestro lenguaje es muy complejo y muy elaborado pese a que las experiencias lingüísticas, durante el periodo de aprendizaje de nuestra lengua, son, en comparación, escasas e insuficientes. Para Chomsky y sus innumerables seguidores, el conocimiento que tenemos de nuestro lenguaje es algo prodigioso. Por distintas razones. Algunas de esas razones son las siguientes: por el uso creativo que hacemos de él; por el elevado grado de complejidad y abstracción que alcanzamos al conocer nuestra lengua; por la existencia de propiedades comunes a todos los lenguajes humanos pese a sus diferencias superficiales; por la rapidez

con la que aprendemos nuestra lengua; porque la aprendemos en los primeros años de vida, en los que nuestras capacidades cognitivas generales aún no están plenamente desarrolladas; porque la aprendemos sin corrección sistemática de errores; porque pese a nuestras diferencias personales todos la aprendemos de un modo uniforme. Se argumenta que todos estos rasgos de nuestro conocimiento del lenguaje no habrían podido originarse a partir exclusivamente de nuestra experiencia. En esto radicaría la disparidad entre la escasa experiencia y el abundante conocimiento en el ámbito del lenguaje. Por su parte, el *PO* sería un caso de esas situaciones en las que tenemos muchos datos pero sabemos poco de ellos. En general, les ocurre a los ciudadanos, que tienen un conocimiento escaso y errado de los procesos de la vida política pública, y en particular de las relaciones de poder y explotación, pese a disponer de numerosos datos sobre tales procesos que les deberían conducir a disponer de un conocimiento más acertado. En esto radica la disparidad entre la abundante experiencia y el escaso conocimiento en el ámbito político.

A la pregunta por el *origen* de esa disparidad en cada uno de los problemas, Chomsky da respuestas contrapuestas, es decir, adopta vías explicativas divergentes. La respuesta al *PP* (cómo conocemos tanto de nuestro lenguaje teniendo en cuenta que los datos de los que disponemos son tan escasos) resultará imposible, según los chomskyanos, si suponemos que en el periodo de aprendizaje sólo intervienen los escasos datos de la experiencia. Esto les lleva a asumir que los humanos incorporamos de modo innato *un factor que suma*, a esos datos, parte del conocimiento de nuestra lengua. Es la presencia de este factor, concebible en forma de dotación innata específica de nuestra especie, y que algunos considerarían no presente, lo que permitiría explicar ese conocimiento alcanzado tan elevado. Por su parte, la respuesta al *PO* (cómo conocemos tan poco las relaciones políticas de nuestra sociedad a pesar de que disponemos de numerosos datos al respecto) exigiría descubrir los factores institucionales y de otro tipo que bloquean la comprensión en ámbitos políticos (*cf.* Chomsky, 1986, 11). Chomsky asume que los estados nacionales, y otras instancias poderosas, logran que los numerosos datos disponibles sobre la vida pública no se conviertan en conocimiento del ciudadano sobre la política. Esos poderes, que logran el desconocimiento y las creencias falsas del ciudadano, son *un factor que resta* a los datos disponibles su capacidad para convertirse en conocimiento. En resumen, la posición de Chomsky la podemos describir así: en el caso del lenguaje la disparidad se explica por la presencia de un factor interno que suma, mientras que en el caso de las relaciones políticas la disparidad se explica por la presencia de un factor externo que resta. Es decir, la explicación del conocimiento del lenguaje se lograría al sumar, mientras que la explicación del conocimiento de la política se lograría al restar.

Las *estrategias* de intervención propuestas por Chomsky para abordar cada uno de estos problemas son muy diferentes. Respecto del *PP*, habría que emplear los recursos científicos para encontrar los principios explicativos que den cuenta de la disparidad constatada. Podríamos convenir en que, se trata de una *estrategia epistémica* en la que los operadores son los *científicos-lingüistas*. El científico-lingüista tendría que descubrir el contenido y el papel de la dotación innata con la que partiría el aprendizaje del lenguaje, ese factor que creíamos no presente, y así poder explicar el elevado conocimiento alcanzado. Por el contrario el *PO* no pertenece al ámbito de la ciencia. Según Chomsky no es difícil encontrar las pautas por las que se rigen los fenómenos de la vida política, al menos para un observador racional. La estrategia chomskyana para el *PO* no es una estrategia epistémica dirigida al científico-sociólogo destinada a descubrir los factores que están operando. Se trata, por el contrario, de una *estrategia de acción*, en la que los operadores serían los *agentes sociales* (ciudadano, activistas políticos, etc.) que tendrían que compensar la acción de los poderes bloqueadores del conocimiento del individuo mediante la acumulación de datos. De esta forma, la racionalidad, secuestrada por los poderes bloqueadores, lograría acceder al conocimiento de las verdaderas pautas políticas que rigen la vida pública. En resumen, las estrategias de Chomsky ante cada uno de los problemas son muy diferentes: el lingüista debería descubrir principios innatos para equilibrar la disparidad entre datos y conocimiento en el aprendizaje del lenguaje, mientras que el ciudadano debería acumular datos para equilibrar su particular disparidad entre datos y conocimiento.

3. Semejanzas y diferencias entre el *PP* y el *PO*

Acabamos de ver cómo Chomsky formula estos dos problemas como situaciones opuestas, concibe vías explicativas inversas y sugiere estrategias muy diferentes. Sin embargo, en mi opinión, pese a una *diferencia superficial*, las situaciones que abordan el *PP* y el *PO* muestran cierto tipo de *semejanza profunda* que el análisis chomskyano no muestra. Podría decirse que las situaciones correspondientes parten de modos parcialmente semejantes de darse la disparidad entre *datos* disponibles de partida y el nivel de *conocimiento* alcanzado sobre esos datos. La semejanza estaría en el carácter insuficiente de los datos para por sí solos producir conocimiento. Entre datos y conocimiento median necesariamente diverso tipo de factores. Uno de tales factores, por ejemplo, son los individuos, los cuales contribuyen a los procesos de conocimiento (tanto del lenguaje como de la política) con una clara falta generalizada de perspicacia. En el caso de la política esa falta de perspicacia nos hace engañarnos sobre las verdaderas razones que rigen las relaciones políticas, mientras que en el caso del lenguaje la falta de perspicacia nos impide

obtener nuestro completo conocimiento del lenguaje a partir exclusivamente de los datos de nuestra experiencia lingüística. El *carácter insuficiente de los datos* y la *falta de perspicacia de los individuos* son, en mi opinión, dos caras de una misma moneda, y están al origen de los límites del conocimiento y también de la semejanza profunda entre el *PP* y el *PO*.

Si Chomsky no identifica la semejanza profunda entre el *PP* y el *PO* se debe a que parte de una *concepción implícita de lo que son los datos* algo peculiar y dispar. Según esa concepción los datos para el aprendizaje del lenguaje serían poco informativos y poco potentes (incluso cuando su número es elevado) para producir conocimiento del lenguaje, mientras que los datos para el aprendizaje de las relaciones políticas serían suficientemente informativos y potentes (si se presentan en un número suficientemente elevado) como para producir conocimiento de las relaciones políticas. De ahí que, según Chomsky, para lograr el aprendizaje del lenguaje haya que añadir a los datos la aportación del conocimiento innato, mientras que para mejorar el conocimiento de la política bastaría con incrementar el número de datos correspondientes. Pero contraponer ambos problemas, en el modo que Chomsky lo hace, asumiendo una concepción de los datos tan dispar, impide ver las semejanzas profundas entre ambos problemas presentan. Esta concepción dispar sobre los datos es la que, en mi opinión, está a la base de la estrategia chomskyana para enfrentarse al *PP* (*desconfianza excesiva* en los datos) y al *PO* (*confianza excesiva* en los datos).

Acabo de señalar algunas deficiencias del planteamiento de Chomsky ocasionadas por su modo de contraponer el *PP* y el *PO*, y he defendido que en realidad presentan semejanzas profundas. Ahora quiero señalar otro tipo de deficiencias originadas justamente en lo contrario, en no distinguir correctamente ambos problemas.

Partiendo de que el *PP* y el *PO* abordan situaciones en el proceder del usuario del lenguaje y en el proceder del ciudadano, respectivamente, es difícil comparar ambas situaciones, o al menos en el modo que Chomsky lo hace, pues el conocimiento afectado y relevante en cada caso no es del mismo tipo. Las diferencias tienen que ver con la distinción clásica entre conocimiento de *tipo como* y conocimiento de *tipo que*. En mi opinión el conocimiento del hablante es un conocimiento de *tipo como*, mientras que el conocimiento del ciudadano es un conocimiento de *tipo que*. En el caso del lenguaje, el usuario del lenguaje, lo que sabe es *cómo emplear* su lenguaje aunque desconozca cuáles son los principios, reglas o hechos que rigen o condicionan dicho uso. En el caso de la política, el ciudadano usuario de la política, lo que sabe o puede saber es *qué principios*, reglas o hechos rigen las relaciones políticas. Estos son los tipos de conocimiento relevantes para el *PP* y el *PO*. En consecuencia, estos problemas no están dirigidos, respectivamente, al conocimiento teórico que el hablante de una lengua pueda tener o al dominio de las habilidades prácticas que el ciudadano pueda desarrollar como agente social. Si esto es así,

entonces comparar ambos problemas sin considerar estas diferencias de partida es problemático y mucho más acertar en las estrategias para abordarlos. Veamos algunas de las dificultades que surgen.

Por un lado el operador de la estrategia chomskyana para el *PP*, el científico-lingüista, parece cometer cierto tipo de *intelectualismo*. En relación a la distinción entre conocimiento-cómo y conocimiento-que, el intelectualismo se suele caracterizar como la posición según la cual conocer-cómo hacer algo equivale a conocer los hechos correspondientes adecuados, o a conocer de modo implícito o explícito ciertas proposiciones. Pues bien, el lingüista chomskyano esto es precisamente lo que asume, ya que pretende que la descripción del conocimiento-cómo del usuario del lenguaje (*cómo lo aprendió, cómo lo usa*) valga como conocimiento-que sobre el lenguaje (formulado por el científico-lingüista); asume que el hablante, por tener conocimiento-cómo de su lengua, conoce los hechos sobre su lengua adecuados para formular el conocimiento-qué sobre ella y por tanto que el lingüista lo que tiene que hacer es describir ese conocimiento del hablante. Pero esta asunción no es obvia, quizás más bien todo lo contrario. El conocimiento-que formulado por el lingüista no tiene que identificarse con el conocimiento-cómo del aprendiz-hablante. En cualquier caso las vinculaciones entre ambos tipos de conocimientos deben argumentarse suficientemente. Por consiguiente, vemos entonces que el científico-lingüista tiene un problema epistémico pero lo aborda con una mala estrategia epistémica, a saber, pretende formular su teoría, que debería expresar un conocimiento-que, a base de describir los principios que rigen el conocimiento-cómo del hablante.

Pero por otro lado, el operador de la estrategia chomskyana para el *PO*, el ciudadano-activista político cometería otro tipo de error, o más bien un doble error. Veamos. El déficit de conocimiento de este ciudadano-activista, aceptando que presenta un déficit de conocimiento de las relaciones políticas, es un déficit de conocimiento-que, que según Chomsky debería superar con la acumulación de datos. Por tanto, el componente epistémico de la estrategia chomskyana para el *PO* consistiría en asumir que los datos son insensibles o independientes al contexto teórico o ideológico y en asumir que poseen suficiente potencia como generadores de conocimiento. Se asume que es posible la descripción de los datos y su conversión en conocimiento-que sin partir de principios interpretadores. Pero, aunque quizás la mejora de los conocimientos-cómo pueda lograrse sin proporcionar principios interpretadores a los sujetos, es bien sabido que los conocimientos-que requieren siempre su concurso. Es decir, el ciudadano-activista tiene un problema epistémico, pero lo abordaría con una mala estrategia epistémica si siguiera las recomendaciones chomskyanas, pues olvidaría que los datos son sensibles pero impotentes: son sensibles al contexto e impotentes para generar por sí solos conocimiento.

4. Carnap: una concepción integral y relacional

La concepción carnapiana de la vinculación entre ciencia y práctica permite vertebrar de un modo *integral* el conocimiento y la acción. Ayuda a integrar la labor del científico, en tanto que agente cognoscente, y la práctica del ciudadano, en tanto que agente social. Dicha integración se produce al explicitar las *interrelaciones* entre los contenidos de conocimiento y los objetivos elegidos desde la práctica. La concepción carnapiana puede ser relevante en los diversos estratos implicados: la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción.

En Carnap, la vinculación entre conocimiento y acción se plantea como expresión de los ideales ilustrados que guiaron algunas de las propuestas constituyentes de la filosofía de la ciencia y que fueron avanzadas desde el empirismo lógico entre los años 20 y 30 del siglo XX. Estos ideales se canalizaron en el caso de algunos autores, entre los que se encontraba Carnap, a través de la llamada *concepción científica del mundo*. La concepción científica del mundo es vista por sus proponentes como un medio para formar herramientas intelectuales del empirismo moderno, herramientas que serían su aportación para responder a las exigencias del momento de estructurar conscientemente la vida pública y privada, y de reestructurar racionalmente el orden social y económico. Según se nos informó allá por 1929, en el seno del Círculo de Viena había un acuerdo notable en las cuestiones de la vida, algo manifiesto en algunas acciones de sus miembros, que participaban en movimientos tendentes hacia una nueva organización de las relaciones económicas y sociales, hacia la unión de la humanidad, y hacia la renovación de la escuela y la educación (*cf.* Carnap; Hahn; Neurath, 1929, 110-111) En opinión de Carnap, en el Círculo de Viena se asumía que la acción deliberada para la mejora de la vida requiere el empleo del conocimiento y que la ciencia es uno de los mejores medios para lograrlo.

En Carnap, el desarrollo de la lógica y de la ciencia en su conjunto, requieren la elección de un lenguaje en el que lógica y ciencia sean construidas. Las teorías obtenidas son dependientes de los presupuestos contenidos en el lenguaje elegido. Qué lenguaje elegimos para reconstruir el conocimiento afecta a cómo fundamentar el conocimiento y a qué cuenta como conocimiento. Pero el lenguaje no está fijado, no hay un lenguaje correcto, perfecto, único. La tolerancia es el principio guía y la convencionalidad práctica. Es decir, la elección del lenguaje condiciona el tipo de teorías científicas entre las que podemos elegir posteriormente aplicando criterios científicos. Pero la elección del lenguaje de referencia no está guiada por criterios teóricos, de carácter científico, está guiada por criterios prácticos, de carácter volicional, es decir, por criterios que no atienden a los resultados cognoscitivos

de la investigación científica, sino que atienden a las consecuencias (en la formulación de las teorías científicas resultantes) de las opciones entre las que elige. Así, el agente-científico tendría que elegir en principio el lenguaje en función de su preferencia por unas consecuencias u otras en el nivel de la formulación de las teorías, no en el nivel del conocimiento obtenido mediante esas teorías.

Por lo que acabamos de recordar resulta notoria la vinculación entre conocimiento y acción en el surgimiento y primeros desarrollos del Empirismo Lógico, y en particular en la concepción de Carnap. Sugiero que esto que llamamos consecuencias (preferibles o no) en la formulación del conocimiento pueda ser concebido como *valores*, en un sentido amplio y genérico del término. La razón básica es que, en su sentido genérico, un valor es un logro deseado, un objetivo a realizar en cierto nivel de acción. Esta perspectiva nos permitirá diseñar un proyecto de vinculación entre conocimiento y acción en términos de valores. La filosofía de Carnap es un terreno adecuado para desarrollar este proyecto, pues cabe defender que en Carnap la vinculación entre conocimiento y acción se produce en términos de una concepción implícita de la conexión entre conocimiento y valores específica para ámbitos epistémicos.

En mi opinión, la concepción implícita sobre la conexión entre conocimiento y valores de Carnap puede ser reconstruida en términos de una teoría jerárquica de valores que posibilite extrapolar sus propuestas hasta una concepción de corte ilustrado de la interrelación general entre conocimiento y valores. Antes de presentar un bosquejo de esa reconstrucción jerárquica presentaremos el bosquejo de una reconstrucción alternativa de naturaleza dialéctica.

5. Bosquejo de una teoría de los valores

Carus (2007) propone reconstruir las tesis de Carnap extrapolando sus propuestas hasta formular una concepción general de corte ilustrado de las interrelaciones implícitas entre ciencia y valores. Este autor defiende que las posiciones ilustradas siempre han tenido que enfrentarse a *dos grandes obstáculos*: formular un criterio de conocimiento genuino y definir la relación entre el conocimiento y el ámbito de la práctica. La Ilustración siempre habría tenido dificultades para superar a la vez ambos obstáculos, pues los intentos de superar el primero obstruyen la solución al segundo, y viceversa. Pues bien, las ideas de Carnap contendrían un programa para abordar ambos obstáculos a la vez, a través de la relación entre lo teórico y lo práctico. Carus propone entender la relación entre lo teórico y lo práctico en Carnap como una *relación dialéctica* entre conocimiento y práctica, manifestada en el hecho de que los lenguajes construidos que constituyen el conocimiento son elegidos desde criterios prácticos (*cf.* Carus 2007, 'Introduction'). Serían el *principio de tolerancia* (o

de convencionalidad de las formas del lenguaje) y sus propuestas de *explicación conceptual* lo que desde la óptica carnapiana permitiría esa relación dialéctica. Carus (2007) viene a decirnos que en esa relación dialéctica se mejoraría el lenguaje pre-explicación mediante explicaciones formuladas en el lenguaje post-explicación pero seleccionadas desde el lenguaje pre-explicación.

Frente a la reconstrucción dialéctica de Carus sugeriré una reconstrucción basada en una teoría jerárquica de los valores, TJV, que hará aflorar la teoría de los valores implícita en Carnap. Esta teoría nos debería mostrar la conexión entre conocimiento y valores y la vinculación entre conocimiento y acción. Según la TJV los *valores* y las *instancias* que constituyen la *realización* de esos valores pertenecen a niveles ontológicos y epistémicos de un orden diferente. La realización de los valores la encontramos en los hechos, sucesos o cuerpos de conocimiento. Además, los valores suelen pertenecer a *redes* de diferentes niveles de interdependencia. Una misma instancia puede ser la realización de varios valores, y un mismo valor puede realizarse en diferentes instancias. Para la *identificación* de los valores, a través del análisis de sus posibles instancias, no para su *evaluación*, pueden emplearse diferentes recursos cognitivos. Un cierto valor puede constituir la realización, en un sentido derivado, de otro valor de orden superior. En general, los valores del nivel N_n dirigen la construcción y elección de sus instancias en los niveles N_{n-i} , y son elegidos en función de su posible realización en esos niveles N_{n-i} y de que a su vez realicen valores de niveles superiores N_{n+j} . Es decir, la configuración de los niveles de las instancias se produce en función de que tales instancias realicen ciertos valores elegidos previamente de manera *relativa* o de manera *absoluta*. Pero además en el nivel de las instancias se aplicarán criterios de elección que están regidos por pautas de *coherencia interna* propias del tipo de instancias en cuestión. El *agente/teórico*, en algún momento, explícita o implícitamente, manifestará un *compromiso* de que cierta instancia, si es concebida de determinada manera (desde ciertos presupuestos teóricos) puede conllevar la realización de un valor. Este compromiso supone una aserción o un dictamen sobre la realización o no realización de los valores en ciertas situaciones, y es lo que condiciona el *diseño de acciones* encaminadas a su realización futura en la práctica.

Incluso atendiendo sólo a este bosquejo, los beneficios de la TJV parecen varios: reconstruye la concepción de los valores implícita en las tesis de Carnap; da cuenta de la conexión entre ciencia y valores epistémicos; permite entender el vínculo entre el conocimiento y los valores sociales; permite analizar el vínculo entre el conocimiento y las prácticas políticas. Y todo ello manteniendo la confluencia ilustrada entre conocimiento y vida.

En mi opinión la *reconstrucción jerárquica* de las ideas de Carnap sobre los valores es más adecuada que la *reconstrucción dialéctica* defendida por Carus. La reconstrucción dialéctica, sin entrar a evaluar algunos de sus detalles, no es suficiente para entender los procesos de identificación, realización y elección de valores cuando estos procesos se producen en atención a su dependencia de valores de mayor nivel. Para lograr esto se necesita entender cómo el conocimiento y las acciones pueden ser instancias de valores y cómo los valores, a su vez, juegan el papel de instancias donde se realizan otros valores. La comprensión pormenorizada de todo lo aquí implicado requerirá del desarrollo ulterior de la TJV.

6. A modo de conclusión

El *conocimiento*, tanto del *ciudadano* como del científico, requiere la inserción en un marco de referencia. Si en el caso del científico ese marco de referencia (ontológico, epistémico y semántico) se gestiona desde las comunidades científicas, en el caso del conocimiento de la política el marco de referencia se gestionaría desde las agrupaciones e ideologías políticas. Si para conocer el mundo a través de la ciencia necesitamos pertenecer a una comunidad científica, para conocer la sociedad a través de la política necesitaríamos una adscripción ideológica. Si esto es así, el ciudadano requiere formación política, igual que el científico requiere formación científica. Pero hemos visto que para Chomsky el conocimiento de la política por parte del ciudadano es escaso. Aunque quizás lo más relevante respecto del ciudadano no sea su *escaso conocimiento* sino su *escaso compromiso*. Quizás haya razones para inferir un escaso conocimiento a partir de un escaso compromiso, aunque no en todos los casos. El ciudadano puede tener un suficiente o alto conocimiento de la política y no manifestarlo en acciones comprometidas, coherentes con ese conocimiento. Un objetivo entonces sería acertar con la estrategia adecuada para incrementar tanto el *conocimiento* como el *compromiso* del ciudadano. Pero esto no se logrará con el *mero acumulo de datos*, que por sí solo, ni aumentará el conocimiento ni tampoco el compromiso del ciudadano. Una mejor estrategia la podríamos derivar de la visión carnapiana de vincular conocimiento y valores. Teniendo en cuenta que el conocimiento requiere valores para constituirse y para constituirse como un medio para la acción, la *identificación de los valores* realizados en las relaciones políticas y en las acciones asociadas resultará imprescindible para el conocimiento de esas relaciones y para la implementación de esas acciones. Habría luego que comprobar la coherencia entre valores los predicados y los realizados, teniendo presente las dependencias jerárquicas entre ellos. Posiblemente el compromiso del ciudadano requerirá que todo el proceso sea

efectivo y que se perciba que lo es. Es decir, que se aprecien las consecuencias benéficas para la sociedad. De lo contrario desistirá del empeño.

En este trabajo he revisado algunas tesis de Chomsky y de Carnap que afectan a sus respectivas visiones sobre las relaciones entre conocimiento y práctica social. En ambos casos sus propuestas están guiadas por el ideal ilustrado de *la mejora de la vida a través del conocimiento*. Este ideal parece haberse realizado mejor en el desarrollo de un proceso natural como el del desarrollo del lenguaje que en el desarrollo de un proceso cultural como el del desarrollo de las sociedades. Y es que los beneficios del conocimiento del lenguaje aparecen notorios y abundantes, mientras que los beneficios del conocimiento de la política se muestran esquivos y exiguos. Quizás las diferencias entre nuestro conocimiento del lenguaje y nuestro conocimiento de las relaciones políticas provenga de que el primero tiene consecuencias adaptativas mientras que el segundo no. El lenguaje condiciona la supervivencia de la especie y la política sólo condiciona la felicidad de los individuos. Los humanos no pueden vivir sin comunicación pero lamentablemente pueden vivir siendo infelices. Si nos muriéramos de infelicidad, igual que nos morimos de incomunicación, quizás la especie habría desarrollado algún mecanismo para mejorar nuestro conocimiento de la política.

Referencias

Carnap, Rudolf; Hahn, Hans; Neurath, Otto (1929), "La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena", *Redes* 9, 18, 2002, pp. 105-149.

Carus, André W. (2007), *Carnap and Twentieth-Century Thought: Explication as Enlightenment*, Cambridge University Press.

Chomsky, Noam, (1986), *El conocimiento del lenguaje*, Alianza, 1989.